

Altamente Peligroso, el Poder Irrestricto

Terrible Legado de Saddam

- ★ Nos Alcanza a Todos la Humillación de los Iraquíes
- ★ Tragedia que Tiene su Raíz en el Autoritarismo
- ★ Acicate Para la Modernización Democrática en AL

LORENZO MEYER

Son muchos los puntos sobre los cuales podemos y debemos de reflexionar ahora que ha concluido la corta pero destructiva guerra del Golfo Pérsico. Propongo al lector centrar la atención en un punto de especial importancia para los mexicanos: los desagradables efectos del poder político cuando éste se ejerce sin los contrapesos democráticos y de manera irresponsable.

Como todas las guerras, la que acaba de terminar con la derrota total de Irak tiene significados distintos —incluso opuestos— según la perspectiva desde la que se le mire. Desde la perspectiva de los Estados Unidos —que, según lo revelan las encuestas, es la misma entre las élites y las masas— esa guerra difícilmente pudo haberse desarrollado mejor: fue rápida: una vez

SIGÜE EN LA PAGINA DIEZ

Terrible Legado de Saddam

Sigue de la primera plana

iniciadas las hostilidades, la iniciativa siempre la tuvieron Estados Unidos y sus aliados; para los vencedores el costo humano fue generosamente compartido (Arabia Saudita ha prometido contribuir con 17 mil millones de dólares, Kuwait con 16 mil millones, Japón con 13 mil millones, Alemania con 6,600 millones y Corea del Sur con modestos 400 millones) y por ello el desembolso de los contribuyentes estadounidenses no será mayor de un tercio del total; se probó la efectividad de muchas de las costosas armas desarrolladas durante la administración de Ronald Reagan; el grueso de los contratos para reconstruir Kuwait —y a lo mejor los que surjan de la necesidad de reconstruir al propio Irak— han sido ya otorgados a empresas estadounidenses; se reafirmó el acceso privilegiado de las potencias industriales a los enormes recursos petroleros del Medio Oriente. Sin embargo, quizá lo inmediatamente más importante del triunfo estadounidense en las arenas del desierto de Kuwait sea lo afirmado por su presidente al anunciar a sus compatriotas y al mundo la victoria de las armas estadounidenses: al derrotar en un abrir y cerrar de ojos al cuarto ejército más numeroso del mundo, Estados Unidos se ha desembarazado definitivamente del "síndrome de Vietnam".

Desafortunadamente, si la superación de ese síndrome resulta muy positivo para Estados Unidos justamente ahora que le ha ganado la partida a la Unión Soviética en el campo de la Guerra Fría, eso no es igualmente cierto para el mundo periférico, donde junto a Vietnam e Irak nos encontramos la mayoría de los pobladores del planeta.

Lo sucedido en el Golfo Pérsico desde agosto pasado difícilmente puede aparecer como algo positivo cuando se le mira desde el sur subdesarrollado. Obviamente habrá quienes en América Latina compartan plenamente la visión norteamericana: como botón de muestra está el presidente Menem, de Argentina, quien por el hecho de haber enviado al Pérsico dos buques de guerra, dos aviones y una fuerza terrestre de 100 hombres, se consi-

dera ya un vencedor internacional. Sin embargo, para otros latinoamericanos la invasión iraquí de Kuwait primero y después la guerra autorizada por las Naciones Unidas para expulsar al invasor de un país surgido como resultado del viejo imperialismo británico, no resultan más que dos caras de un mismo mal. En efecto, si la invasión de un Irak autoritario a su rico vecino se hubiera consolidado, eso no hubiera hecho otra cosa que dar un nuevo golpe a lo que supuestamente es uno de los pilares de la política latinoamericana: el respeto a la independencia y soberanía de todos los Estados nacionales reconocidos como tales por la comunidad internacional. Pero si la coalición encabezada por Estados Unidos —la gran potencia de un sistema internacional unipolar— derrotaba de manera rápida, contundente, en su propio terreno y sin mayor dificultad, a un país periférico que supuestamente contaba con uno de los ejércitos más numerosos y fogueados del mundo subdesarrollado, las consecuencias de largo plazo para esos subdesarrollados tampoco eran benéficas. Veamos esto último con más detalle.

Entre los pocos sucesos positivos de los últimos decenios para los intereses nacionales de los países pobres y periféricos estaba justamente el surimiento del "síndrome de Vietnam" en Estados Unidos y el "síndrome Afganistán" en la URSS. En ese par de tan inesperadas como brutales experiencias, dos grandes potencias habían adquirido, a un costo humano y económico muy elevado para Vietnam, Cambodia, Laos y Afganistán, un saludable respeto para la capacidad de sociedades pobres y tecnológicamente subdesarrolladas para resistir los designios imperiales de sociedades centrales. Sin embargo, ahora la irresponsabilidad y estupefacción visceral de un líder autoritario han logrado que, a costa de la destrucción de la infraestructura de Irak y la muerte sin gloria y con mucha pena de miles de iraquíes, Estados Unidos —e indirectamente los países industrializados— hayan recuperado su tradicional arrogancia de mirar frente a los países pobres del sur. Ninguna "guerra santa" contra el infiel, ninguna vocación por el martirio o sed de venganza con-

tra un Occidente que desde hace más de un siglo impone su voluntad en el Oriente Medio, pueden triunfar sobre una fuerza bien equipada, tecnológicamente superior y con una sólida voluntad de dominio.

Ni las fáciles victorias militares norteamericanas en Granada y Panamá, ni la menos fácil victoria política-militar sobre el sandinismo en Nicaragua, habían logrado, ni mucho menos, compensar la enorme pérdida de confianza de Estados Unidos en su capacidad para imponer sus decisiones sobre el Tercer Mundo tras su derrota en Vietnam. En realidad, lo ganado en Granada, Panamá o Nicaragua, apenas si había compensado los fracasos de la fuerza enviada por el presidente Carter a rescatar a los rehenes o por el presidente Reagan a Líbano.

De entre las muchas imágenes transmitidas por la televisión norteamericana en la última etapa de la absurda guerra del Golfo Pérsico, una puede servir para resumir el desafortunado legado de Saddam Hussein a todos los países que forman el Tercer Mundo: un grupo de soldados iraquíes se rinden sin resistir y, de rodillas, besan las manos de sus captores. A querer o no, algo de esta terrible humillación de los iraquíes nos alcanza a todos los que, a ojos de los ricos triunfadores norteamericanos y europeos, compartimos con los hoy derrotados su nobleza y atraso tecnológico y político.

La vara con la que se mide al político no es la de sus intenciones o su discurso, sino la de sus hechos. Y desde esa perspectiva, Saddam Hussein y todo su partido acaban de pasar a la historia como un ejemplo de lo peor que la política puede ofrecer. Movidos por el oportunismo, líder y partido condujeron a su país en el decenio pasado a una costosa guerra de ocho años contra Irán y de la que finalmente no sacaron nada significativo, pero ese desastre es nada comparado con el de ahora, que ha ocasionado lo que era previsible desde hace meses: la destrucción sistemática y masiva de Irak. Y finalmente, ese desastre ha dejado al mundo subdesarrollado más indefenso que antes frente al enorme poder económico y militar de los vencedores de la Guerra Fría.

La tragedia iraquí tiene su raíz en un fenómeno que no nos es desconocido a los mexicanos: la enorme capacidad que tiene para dañar material y moralmente a una sociedad e incluso a la comunidad internacional, el poder político cuando se ejerce dentro de un sistema autoritario. Saddam Hussein, su partido, su policía secreta, su ejército, pudieron embarcar a toda la sociedad de Irak en la absurda aventura de invadir a Kuwait y resistir a sus aliados estadounidenses y europeos, porque previamente el dictador iraquí había destruido toda la estructura que pudieran haber puesto en duda la bondad de tal proyecto en sus diferentes etapas. Mediante la construcción de un sistema abiertamente autoritario, Saddam Hussein concentró en él todo el poder político generado por la sociedad y creó así las condiciones que, con el correr del tiempo, le llevaron a perder contacto con la realidad.

Para concluir, conviene tener en cuenta que si bien el costo que el autoritarismo en América Latina ha impuesto a nuestras sociedades es relativamente pequeño comparado con el que ha pagado y seguirá pagando Irak —la derrota argentina en las Malvinas, la prolongada guerra civil en El Salvador, el terror pinochetista en Chile, el aislamiento de Cuba o la tan enorme como innecesaria deuda externa mexicana—, la tragedia del Golfo Pérsico debe ser acicate para insistir en la modernización democrática de nuestros respectivos sistemas políticos, y depositar en el basurero de la historia antes de que causen mayores daños a los líderes iluminados, a los ejércitos que se autoproclaman defensores únicos del interés nacional, a los partidos de Estado, a las presidencias todopoderosas y, en general, a todo lo relacionado con el uso irrestricto e irresponsable del poder.

Un ple de nota: el domingo pasado ya no apareció ningún ataque contra mí en este espacio por parte de algún notable portavoz del gobierno. A diferencia de lo ocurrido en el Golfo Pérsico, creo que en este caso se trata simplemente de una tregua y no del fin de la guerra. Sea como fuere, yo me permito tomar la intensidad de los ataques como el mejor indicador de que he dado en el blanco.